

Para el Vier-  
nes Santo.

os quedais tranquilos! ; Dios se aflige, y vosotros os consolais! ; Dios suda hasta regar la tierra con su sangre, y vosotros no habeis podido jamás darle siquiera una lágrima! ; Un Dios se humilla, y vosotros os levantais contra ese mismo Dios que se abate! Un Dios se ofrece y se sacrifica por vuestra salud eterna, y vosotros le posponeis y sacrificais à vuestros placeres! ; Qué pensais, pues, de su amor? ; Y qué pensais de vuestra insensibilidad tambien? Acabais de ver que su amor à los hombres dió principio à su Pasion; y aora vereis que el odio de los hombres la consuma: y este es el segundo punto.

### PARTE SEGUNDA.

**N**O hay pasion mas cruel que el odio; y quanto es mas injusto en su principio, otro tanto se complace comunmente en llegar à ser mas monstruoso en sus efectos. El llegó, pues, à estar tan envenenado en los Judios contra el Salvador, que los conduxo hasta el termino de quitarle la reputacion y la vida; à deshonorarle y perderle: dos verdades, que no es posible llegarlas à entender sin dolor y sentimiento.

¿Os acordais acaso del honor que se hizo à Mardoqueo? Para colmarle de gloria, quiso saber Asuero hasta dónde podia llegar toda la magnificencia y poder de un Rey en la elevacion de algunos de sus vasallos. ¿Qué puede ha-

cer un Monarca, preguntó el Rey para hacer resplandecer una parte de su gloria en aquel que quiere honrar? *Quid debet fieri viro, quem Rex honorare desiderat?* El privado le respondió, que lo que habia que hacer para este efecto, era mandar à uno de sus confidentes, que à aquel vasallo fiel le conduxese publicamente en triunfo por las calles de su Corte; que el pueblo le siguiese con aclamaciones y voces; y que vestido magnificamente, se le diese por corona el honor de la diadema. Asi se honra, añadió, à quien quiere el Rey honrar, y colmar de beneficio: *Sic honorabitur quemcumque voluerit Rex honorare.* Notadlo bien, oyentes mios, estas son las mayores señales que puede dár un Soberano, de estimacion y de honor para con un vasallo. For el contrario, estas son las mayores muestras que pueden dar los hombres de menosprecio y odio. Uno de sus Discipulos y confidentes pone à Christo en manos de sus enemigos: el Pueblo de Jerusalén procura con gritos, y voces descompasadas su condenacion y su muerte; y los Tribunales le visten de una ropa blanca en señal de su locura; y para el colmo de irrision, le tratan como à Rey imaginario: quatro articulos, que os van à hacer patente, que no pudo hacer mas el odio de los Judios para deshonorar à Christo.

Uno de sus confidentes, uno de sus Discipulos, Judas, cuyo nombre resuena todos los años

Para el Vier-  
nes Santo.

ibid. v. 21.

Matth. cap.  
26. v. 21.

Ibid. v. 24.

años con horror en nuestras Iglesias, es quien le vende à sus perseguidores, y que con un osculo, que era la señal de paz, le entrega à la muerte. Christianos oyentes míos, ¿no os parece aun solo este diseño, espantoso y capaz de infundir horror? ¿Qué estado mas santo y mas perfecto que el de Apostol? ¿Qué vocacion mas señalada y milagrosa, que la de Judas? ¿Dónde podrémos hallar asylo mas seguro contra la tyranía de nuestras pasiones, que à vista y en compañía de Christo? ¿Qué socorros mayores, que los que Judas tenia para no cometer este deicidio? Para significarle el Señor que leía su culpa en su corazon, le dixo en presencia de todos sus Condiscipulos, que le habia de vender uno de ellos: *Unus vestrum me traditurus est*. Por no ocasionarle vergüenza, no le nombra, ni le señala, contentandose con decir en general solamente, que uno de ellos: *Unus vestrum*: y si se lo dice à él mismo, es de modo que lo entienda él solo: *Tu dicis*. No obstante, para amedrantarle acerca de su atentado, añade: ¡Infeliz de aquel, por cuyo medio vá el Hijo de el Hombre à la muerte! ¡*Væ illi per quem Filius Hominis tradetur!* Y sin detenerse mas, lejos de toda invectiva contra Judas, como contra el gefe de la revolucion, se encamina ácia él, y le abraza, le habla antes que à los demás, y le dá el nombre de amigo. Aun à su vista, para que abriese los ojos, obra dos milagros: uno propio de su poder, dando con to-

Para el Vier-  
nes Santo.

todos los Soldados en tierra: y otro propio de su dulzura, sanando à Malco la herida que acababa Pedró de hacerle; y Judas todavia resiste à tantas instrucciones, à tantas gracias, à tantos atractivos, y à tantos milagros. ¡Gran Dios! quando yo veo à Judas caer en el Apostolado mismo, ¿qué causa encuentro tan cierta y tan continua de temor, que convence à que no hay estado en esta vida, que no deba recelarse de su salvacion? Quando considero, que es un amigo, un confidente, un siervo, el que vende à su Señor y Maestro, ¿podré creer, que haya en el mundo una amistad sincera y sólida? ¿Podré dexar de armarme, y estar en vela contra estas amistades fingidas y simuladas que en él reynan? ¿Podré comprehender la locura de los hombres, en fiarse de un mundo tan infeliz, que fabrica un arte, constituye una obligacion y forma un principio para su fortuna, entregando, vendiendo y sacrificando à los mismos hombres? Quando considero que fue la avaricia quien condujo à Judas à un precipicio tan vergonzoso, ¿qué horror debo concebir contra un vicio, que hace todavia que Christo se sacrifique à la plata todos los dias en la persona del pobre? Quando noto que Judas no puso en execucion este deicidio hasta despues de haver comulgado indignamente; que desde que entró Christo en su cuerpo, entró en su corazon el demonio, y que tomó posesion de su alma, ¿qué deberé pensar de tantas Comuniones sacrilegas?

¿Qué

Para el Vier-  
nes Santo.

¿Qué creerán del Mesías los habitantes de Jerusalén, quando sepan que es uno de sus Discipulos quien le vende? ¿No imaginarian que Christo los habia engañado, y que conoció el engaño este Discipulo? Los estrangeros que habian concurrido à celebrar la Pasqua, ¿no volverian persuadidos à sus casas de que Jesus Nazareno era un impostor, un hypocrita, un falso Profeta y un Ante-Christo, que fue entregado à la muerte por haver querido engañar à todo el mundo? Y el pueblo, avergonzado de haber dado fé à sus palabras, ¿no trocaria su veneracion en desprecio?

Sí, oyentes míos: al ver este pueblo una mutacion la mas súbita, la menos esperada y la mas violenta, pasa de un afecto el mas notable de la persona de el Salvador, à una ira que se viste y arma con todas las señales de furor. Dixe una mutacion la mas súbita, pues no ha seis dias aún, que estos mismos habitantes de Jerusalén corrian à tropas delante del Redentor à abrirle las puertas, y à ofrecerle palmas, para solemnizar su triunfo por medio de sus aclamaciones. Dixe la mutacion menos esperada, pues havia ya tres años que le seguia con tanto zelo este pueblo, y al parecer con tanta determinacion, que habia hecho muchas veces temblar à sus enemigos, y deteniendolos para que no cometiesen algun atentado contra su persona, sin que se pudiese dudar que, à pesar de la rabia de los Fariseos, se unirian

to-

Para el Vier-  
nes Santo.

todos para perseguir à los que llenos de embidia perseguian al Salvador. Dixe tambien la mutacion mas violenta: oy ya no se habla de Christo, sino como de un engañador, de un impostor, y de un perturbador del reposo público; como de un hypocrita, que es preciso posponerle à Barrabás, aunque convencido de ladrón y de homicida; y como de un malhechor, que es necesario crucificar: *Tolle, tolle, crucifige eum.* Su odio se estiende tanto, que hace olvidar à estos hombres los enfermos que Christo habia curado, los ciegos que habian recibido la vista, los cojos y mancos de quienes fue pies, y manos, y los muertos que volvió tan prodigiosamente à la vida: los panes que les multiplicó, las tempestades que serenó, las aguas que se solidarón al contacto de sus pies, y las enfermedades y males que les habia curado à ellos mismos. De tal modo los precipita su furor, que no echan de ver, que el pesar de haber vendido à su Maestro, arroja à Judas hasta la desesperacion y la muerte. Tampoco echarán de ver dentro de pocos instantes, que Herodes no halla culpa alguna, y que Pilatos lo declara positivamente inocente. Cueste lo que costáre, tan ayrados contra su sangre, como estaban en otro tiempo movidos de su predicacion y palabras, quieren que hasta la última gota se derrame; y aun quieren todavia mas, y es, que esta sangre misma cayga sobre sus cabezas, y sobre las de sus hijos tambien: *Sanguis ejus sit super nos, & super filios nostros.*

Joan. c. 19.  
v. 15.Matth. cap.  
27. v. 25.

Tom. IV.

D

¿Qué

Para el Vier-  
nes Santo.

¿Qué decís, oyentes míos? ¿Pudo llegar á mas el odio de los Judios contra Christo? A San Pablo le causó mayor admiracion esta mudanza afrentosa, que los tormentos mismos que padeció el Salvador. Pensad dice escribiendo á los Hebreos, en aquel Señor, que sufrió de los pecadores contradiccion tan violenta: *Recogitate eum, qui talem sustinuit adversum semetipsum contradictionem.* No les dice que mediten sus afrentas, no: supuesto el odio que le tenian los Judios, no le pasma al Apostol aun el que le diesen la muerte; lo que no comprehende es, que despues de haberle manifestado tanto afecto, hubiesen podido llegar como de un golpe á serle tan contrarios y opuestos.

Hebr. c. 12.  
v. 13.

Esta misma veleidad, esta misma inconstancia en el servicio de Dios, reyna demasidamente entre nosotros tambien el dia de oy. ¿Qué contradiccion en el modo de obrar no se le puede echar en los ojos á la mayor parte de los Christianos? Ya de Dios, y ya del mundo; oy en gracia, y mañana en culpa, sin la menor consistencia, en el cumplimiento de nuestras obligaciones. Una alternativa de bien y mal obrar, y aun una mezcla y union de virtudes y de vicios, nos hacen indefinibles. Para que conozcamos quan sensible le será á Dios nuestra inconstancia en sí tan criminal, concibamos, si podemos, lo que sentiría Christo aquella repentina mudanza de su pueblo y sus amigos.

¿Pues, y qué será, si llego á hacerlos ver cla-

ra-

Para el Vier-  
nes Santo.

ramente, no yá al Pueblo, sino á los Jueces mismos, animados de un odio mortal è implacable, encarnizados hasta cubrirle de afrentas, y hartarle de oprobrios? El Pueblo se sabe ya que acostumbra muchas veces insultar sin termino y sin razon. Pero que unos Jueces puestos para hacer justicia, se junten oy á maltratar la inocencia, y para juzgar á su Juez mismo; que con desprecio de todas las leyes divinas, y humanas, se hagan testigos, y fiscales á un tiempo; que no escuchen mas deposiciones, que aquellas que ellos mismos sugerian, sin atender á las claras contradicciones de los delatores; y lo que es mas, si cabe mas, que condenen á Jesu Christo al mismo tiempo que afirman públicamente su inocencia, y quando realmente el Señor aparece á sus ojos mayor que nunca: ¿quién oyó jamás hablar de tal rencor, ni vió odio mas lleno de mortal veneno?

A la verdad, nunca resplandeció la Divinidad mas en Christo, que en esta ocasion en presencia de los Judios. Su dulzura, su paciencia, su modestia, su silencio solo, en un tiempo en que se trataba no menos que de su vida, ¿no les están hablando en su favor con voces aun mas claras, que aquellos mismos prodigios que le habian visto obrar? Herodes le pide un milagro; ¿pero cómo haría milagro para vivir, quien para morir hacia tantos? Querer morir mas que vivir, ¿no es un milagro mayor que el milagro que le piden? ¿Por qué, pues, quien hacia

-siq

D 2

tan-

Para el Vier-  
nes Santo.Psalm. 2. v.  
10.

tantos prodigios para los otros, no hace siquiera uno para sí? Es el caso, que Dios no hace milagros para diferir, ò dar gusto à los incrédulos. Un libertino que pide milagros, no lo será menos despues que los haya visto. Sucedia entonces en la Corte de Herodes, lo que sucede oy en las Cortes de los Reyes: es necesario pompa y esplendor para mantenerse; condescendencia y lisonja para lograr; y estaba Christo bien lejos de querer dár gusto à este precio. Quisieron enseñar el Salvador, pasando entonces por insensato, que es una especie de milagro, quando en un Palacio se gusta de la verdad; que es un prodigio, quando se aplaude en él la inocencia; que es una maravilla, quando se reconoce allí el merito y la virtud; y que no podrán del todo bendecir los pueblos à un Rey, que con su exemplo los enseña à conocer que hay un Dios Supremo Señor de todos.

¿Qué delito, pues, será el de unos Jueces, que viendose obligados à dexar al Salvador libre, le abandonan, ò por mejor decir emponzoñan la justicia de su causa? Aprended aquí vosotros, à quienes ha puesto Dios para que juzguen los pueblos: *Erudimini, qui judicatis terram.* Notad cómo en aquel tiempo parece que todas las pasiones se habian subido à las sillas de los Jueces, y cómo concurrieron à ofuscar el derecho mas claro que se ha visto. Anás, que era suegro de Cayfás, le envia, por com-  
pla-

Para el Vier-  
nes Santo.

placerle, al Hijo de Dios. Cayfás, lleno de pasion contra el Señor, busca mil rodeos para encontrarle culpado. Herodes era un incestuoso; y no teniendo religion, ò le daba poco cuidado el libertar, ò no al Autor de ella. Pilatos tenia buenos deseos; mas temia desagradar al Cesar. Al uno le impedia la carne y sangre el conocer de tal causa; y en el otro era el Juez la embidia: no podia sufrir à un hombre, en quien todo predicaba su Divinidad. A este le hacia obrar el resentimiento; y à aquel no se le podia contradecir, sin que recurriese à la venganza. En el Presidente era la politica mundana quien daba todas las sentencias: quisiera concordar los intereses de el Hijo de Dios con los suyos; y asi, por no perder estos, perdió à aquel. En todos la pasion era el gobierno y la guias; y asi, todos sellaron su condenacion en la del Justo. ¿Y podremos decir al presente, que quando Dios los derribó de sus sillas, se desterró para siempre la iniquidad del Templo de la Justicia? ¿No vemos muchos de estos Jueces, que ceden à la recomendacion, à los agasajos, à la amistad y al amor desreglado de sus parientes? ¿No vemos Jueces, à quienes hace estorvo la prosperidad ajena, y que movidos de embidia, procuran derribar al que va creciendo en fortuna? ¿Jueces, que no consultan ni oyen sino à una audáz voluntariedad? ¿Jueces, en fin, que por adquirir bienes de fortuna, quieren mas arruinar las buenas causas, que sus esperanzas?  
¡Qué